

Educación vía satélite en América Latina: un balance de veinticinco años

Hace más de dos décadas, el mundo de la educación comenzó a descubrir las posibilidades de los satélites de comunicación que, a pesar de contar con varios años de existencia, aún no habían favorecido a ese sector de la sociedad. Era el final de los 60, principio de los 70, y la educación, que había considerado la tecnología como una gran maraña de cables, proyectores de cuerpos opacos, pantallas, transparencias, retroproyectores y diapositivas, vislumbra un nuevo camino.

Mucho antes, al finalizar la segunda Guerra Mundial y en el comienzo de lo que sería una larga guerra fría, los Estados Unidos y la Unión Soviética habían iniciado el desarrollo espacial. Sin embargo, su origen, evolución y sobre todo sus aplicaciones continuaban al servicio de objetivos militares y estratégicos.

Fue apenas en la mitad de los 60 cuando se comenzó a pensar en utilizar las ventajas de los satélites de comunicación para otros sectores sociales. Recordemos que por entonces se integra INTELSAT (Organización Internacional de Telecomunicaciones por Satélite) como una cooperativa sin fines de lucro, de la cual son dueños los países miembros y cuyo propósito es brindar servicios de comunicación nacional o internacional a través de una amplia red de satélites.

Desde el inicio de la educación vía satélite han transcurrido más de veinte años. En este tiempo no sólo evolucionó la tecnología, también se ampliaron los servicios que ofrecen los satélites, su organización y formas de financiamiento. La educación, por su parte, ha reflexionado sobre su uso, planteando algunas conclusiones y recomendaciones.

Desde esta perspectiva histórica y con los cambios operados, podemos ver hoy tres períodos en la educación vía satélite de América Latina. El primero, de conjunción de esfuerzos, se ubica en la década de los 70; el segundo, ubicado en los 80, se caracteriza por el desarrollo de programas en el interior de las naciones; y el tercero, el de los 90, es el que estamos viviendo, un período caracterizado por la capitalización de las enseñanzas que han dejado los casi treinta años de teleeducación.

LOS COMIENZOS: UNA PERSPECTIVA REGIONAL

Los 60 fueron los años del mito del desarrollo, una especie de varita mágica gracias a la cual se podían resolver progresivamente los problemas sociales y humanos acumulados a lo largo de la historia. Edgar Morin, en un tono entre crítico y sarcástico, ha dicho de ese período: "El desarrollo socioeconómico, sostenido por el desarrollo científico-técnico, asegura por sí mismo expansión y progreso de las virtudes humanas, de las libertades y de los poderes del hombre". Así (...), la "noción de desarrollo socioeconómico tiende por completo hacia la construcción de un futuro inédito".

Con estas premisas no fue difícil girar la mirada hacia los satélites y descubrirlos como un poderoso instrumento que podía servir al desarrollo, a través de la educación. América Latina, entonces como ahora, necesitaba dar respuestas a las carencias crónicas de ese sector: analfabetismo, ausentismo, desertión, capacitación y actualización de maestros, rezago escolar. Fue así como, al vislumbrar las posibilidades educativas de los satélites de

comunicación, no tardaría en analizar las cualidades de esta fascinante tecnología aplicada a programas regionales.

El primer intento de usar satélites en la educación en la región fue el proyecto SERLA: Sistema de Educación Regional Latinoamericano, desarrollado entre 1970 y 1974, y el cual, lamentablemente, no pasó de ser un conjunto muy bien intencionado de esfuerzos compartidos en materia educativa.

SERLA nace como respuesta a CAVISAT, Centro Internacional Audiovisual Vía Satélite, proyecto que había sido presentado en Chile en 1969 con financiamiento de la empresa estadounidense COMSAT (Communications Satellite Corporation) y el auspicio de otras empresas de ese país entre las que estaba General Electric. El objetivo de CAVISAT era elaborar programas educativos para todos los niveles de enseñanza, dirigidos a estudiantes latinoamericanos, los cuales serían realizados por un equipo integrado por diez universidades de Estados Unidos y diez de América Latina ligadas a fundaciones estadounidenses.

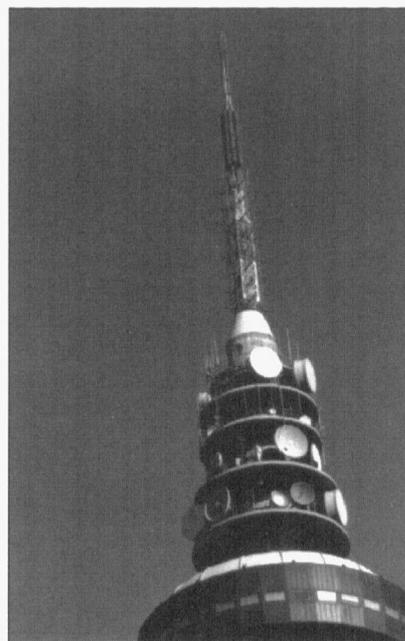
CAVISAT provocó el rechazo de los gobiernos de los países latinoamericanos por considerarlo una interferencia en la autodeterminación de las naciones en materia de educación y cultura.

Como producto de ello, un año después los ministros de educación de los países andinos firman en Bogotá el convenio "Andrés Bello" de integración educativa, científica y cultural que reafirmaba "el derecho de cada país a determinar soberanamente su sistema educativo que es inalienable y rechazar cualquier intervención de gobiernos o entidades extranjeras mediante emisión vía satélite hecha sin el consentimiento previo y expreso de cada uno de los países destinatarios". En la ocasión, los ministros de educación de la región resolvieron solicitar al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y a la UNESCO que, en colaboración con la Unión Internacional de Telecomunicaciones, se efectuara un estudio de factibilidad de un sistema de satélites para comunicación y desarrollo de la región andina, solicitud que originó el proyecto SERLA.

El estudio para el proyecto SERLA se llevó a cabo entre 1971 y 1974 y contó con la participación de nueve países de la región: Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Su propósito fue estudiar la viabilidad, planeamiento y preinversión requeridos por un sistema regional de teleducación para América del Sur.

La diversidad de criterios de los países participantes acerca de la aplicación conjunta de los programas educativos, impidió que SERLA se materializara. No obstante, como producto de numerosas reuniones de trabajo, se presentó en 1973 un documento final en el que se precisaban los objetivos y características que debería tener un sistema de educación vía satélite para el área, (3). El documento, aunque acusa el paso de los años, sobre todo en lo que se refiere a la enorme penetración que hoy en día tienen las grandes cadenas de televisión comercial en América Latina, plantea algunos postulados de trabajo y sobre responsabilidades compartidas que aún son vigentes.

Aunque después de SERLA hubo algunos intentos regionales de trabajo conjunto (proyecto Cóndor, la Organización Andina de Telecomunicaciones por Satélites, etc.), no se referían específicamente la educación sino a las telecomunicaciones, y tampoco llegaron a concretarse.



A. NEIRA

En esta época (1967-1974), se desarrolla también otro proyecto, de carácter nacional, que, aunque no llegó a usar el satélite como medio para el traslado de señales, fue concebido para ello. Nos referimos al proyecto brasileño Sistema Avanzado de Comunicaciones Interdisciplinarias, SACI, cuyos objetivos centrales fueron la capacitación de maestros y enseñanza a estudiantes, objetivos que se fueron precisando y variando según sus fases de desarrollo. El SACI, pionero en educación vía satélite a nivel mundial, coincidió con lo que se conoce como "el milagro brasileño", por lo que puede ser entendido como un gran ensayo en torno a las posibilidades de la tecnología satelital aplicada a la educación en América Latina.

Así, luego de una encendida defensa de la identidad latinoamericana frente a la amenaza de programas extranjeros de educación vía satélite, América Latina entró en un período de indiferencia, tanto en lo que se refiere a programas conjuntos como locales o nacionales.

LOS PROGRAMAS PASAN AL ÁMBITO NACIONAL

La indiferencia duró hasta bien entrada la década de los 80, y aquel impulso inicial de trabajar en conjunto, defendiendo la soberanía cultural de la región, se diluyó en programas de corte nacional (por ejemplo, los de Argentina, Chile, Perú y México)⁴.

Lo curioso de estos programas es que, en general, no responden a propuestas nacionales, ni aglutinan las recomendaciones efectuadas por los gobiernos o por especialistas en educación. Mucho menos responden a las prioridades de cada país en materia educativa. En general, se originan en el trabajo de grupos aislados, cuentan con presupuestos escasos y con una gran fuerza que proviene del entusiasmo depositado por sus promotores en las bondades de la tecnología satelital aplicada a la educación.

Por otra parte, durante los 80 las telecomunicaciones se convierten en el signo visible de progreso y modernidad. Dos países de área, Brasil y México, pusieron en órbita sus propios sistemas domésticos de satélites, y una a una las naciones latinoamericanas que aún no lo habían hecho, empezaron a rentar sus servicios de comunicación vía satélite. Tal fue el auge de las comunicaciones vía satélite que, a mediados de 1988, se rompe el monopolio que hasta entonces ejercía INTELSAT en materia de servicios comerciales entre Estados Unidos, América Latina y Europa, con el inicio de operaciones del sistema PANAMSAT, Pan American Satellite, propiedad de la empresa Alpha Lyra.

Sin embargo, el florecimiento de las telecomunicaciones vivido en otros sectores de la sociedad (finanzas, comercio, banca, TV privada), no se trasladó a la esfera educativa. Si en los comienzos de los 70 no hubo acuerdo para instrumentar el SERLA, en los 80, dadas las circunstancias históricas, el trabajo conjunto parecía menos factible. No olvidemos que en esos años se dieron varias transiciones hacia la democracia, lo cual, si bien iba allanando el camino hacia una labor conjunta, suponía a la vez un período de ajustes en el que encarar programas educativos conjuntos resultaba poco menos que inimaginable.

Así, contando con el imprescindible apoyo político, los países que tuvieron recursos, los que siguieron el impulso de esos grupos entusiastas o aquellos en los que la tecnología estuvo al alcance de la mano, desarrollaron sus propios programas, algunos con acuerdos de carácter internacional en materia de coproducciones, repetición de señales, intercambio de materiales o de especialistas, etc.

La experiencia demostró (y esto es válido no sólo para América Latina) que programas de este tipo son vulnerables y tienden a perderse o debilitarse por falta de presupuesto, por desintegración de los grupos impulsores, por cambios políticos coyunturales, o simplemente porque no se pueden sostener tras una evaluación sólida. La experiencia indica también que todo proyecto de educación vía satélite debe partir de un estudio de factibilidad, contar con una sólida planificación educativa, tecnológica y económica, incorporando un proceso de evaluación permanente que retroalimente y enriquezca los programas.

EL PANORAMA DE LOS 90

En lo regional, no hubo acuerdo; los proyectos nacionales son costosos y vulnerables, ¿entonces qué hacer? Esta es la pregunta de los 90.

Las circunstancias son muy distintas a las de las décadas pasadas. Hoy estamos hablando de globalización e internacionalización como premisas de nuestro tiempo y esto hace posible los acuerdos que antes fueron imposibles.

Por otra parte, la creciente internacionalización de las producciones de las grandes cadenas televisivas (sobre todo, norteamericanas); los intentos de empresas como TELEVISIA de México o TV Globo de Brasil por vender sus programas al resto de latinoamérica, internacionalizando también ellos su producción; así como una actitud más positiva y colaboradora por parte de los países del área para trabajar en conjunto, brindan antecedentes y abren las puertas a nuevas propuestas sobre educación regional a través de satélites.

Lo más importante será ahora capitalizar la experiencia acumulada en más de dos décadas. Si bien, como decíamos, las circunstancias favorecen la realización de acciones educativas conjuntas, no debemos olvidar que el adelgazamiento del Estado benefactor incide directamente en las nuevas propuestas. Antes, con diferencias y dificultades, fueron los gobiernos latinoamericanos quienes impulsaron, aprobaron o rechazaron los programas regionales o locales. Ahora, además de lograr consenso para un trabajo común, hay que buscar nuevas formas de financiamiento. Será también indispensable recuperar lo ya hecho, tanto en aciertos como errores, para que los nuevos trabajos sean más viables.

A partir de estas nuevas circunstancias, ya se están llevando a cabo intentos por desarrollar nuevos proyectos educativos con empleo de satélites de comunicación. Ejemplo de ello es el acuerdo "Comunicación para la cooperación", suscrito en octubre de 1991 por Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay, Venezuela y España. El proyecto cuenta con apoyo de UNESCO y tendrá como soporte tecnológico al satélite español HISPASAT, a través del cual se transmitirá, a partir de mediados de 1993, una programación cultural para Hispanoamérica.

El Programa Iberoamericano Comunicación para la Cooperación, como se lo conoce, tiene como objetivo cubrir con su señal, desde Nueva York a Tierra del Fuego, transmitiendo "imágenes, sonidos, textos y datos con la eventual posibilidad de interactividad"⁵. Para ello, entre otras acciones, se constituyó una asociación de usuarios de países latinoamericanos que será el órgano de gestión; se está diseñando una programación provisional con miras a

emisiones pilotos de tres horas diarias durante cinco días de la semana y se gestiona el equipamiento para la recepción y distribución de la señal donde sea necesario hacerlo.

Las universidades e instituciones de educación de los diferentes países, integrantes de la asociación de usuarios, desempeñan un papel fundamental en este proyecto, ya que están aportando sus producciones televisivas para conformar la programación inicial, a la vez de participar en otro tipo de trabajos que son necesarios para concretar la iniciativa.

Las áreas de interés temático enfatizadas hasta ahora son: educación para la salud y el medio ambiente, educación de adultos, enseñanza de idiomas y complementos para la enseñanza de las ciencias.

Aunque aún no podemos saber cuál será el resultado de esta experiencia iberoamericana, no obstante, plantea una limitación de origen: la señal sólo podrá emitirse desde España, lo cual convierte a América Latina en proveedora de los programas del nuevo canal, pero sin posibilidades de incidir directamente en su emisión. Según afirman sus promotores, se buscará eliminar tal limitación y la asociación de usuarios participará en la elaboración de la programación lo cual salvaría, en parte, el problema de emisiones no sólo centralizadas sino realizadas desde España.

Como comentario general y de manera apriorística, es importante destacar dos aspectos:

a) Son las instituciones latinoamericanas quienes están aportando una parte muy importante y costosa del nuevo canal: las producciones televisivas, por lo que se debe preservar un nivel de decisión acorde con las aportaciones que se realizan, tanto en la programación como en las emisiones.

b) Por sus características, esta experiencia sólo puede definirse como de difusión cultural, científica o tecnológica. Un verdadero canal educativo debería haber realizado una investigación previa para detectar necesidades, dándoles respuesta a través de un proyecto pedagógico e identificando a sus receptores a fin de evaluar los objetivos educativos propuestos.

El Programa Iberoamericano Cooperación para la Comunicación será sin duda un verdadero laboratorio de participación política entre los países, del cual será posible rescatar la rica experiencia del intercambio de ideas, objetivos, mecanismos políticos, administrativos, compromisos de participación, entre otros aspectos.

Al margen de este programa, América Latina debe realizar sus propias propuestas educativas, en las que esté presente la participación que hoy en día permiten las nuevas tecnologías de comunicación y donde se responda a las verdaderas necesidades educacionales de la región.

La excesiva comercialización que experimenta la televisión como producto del libre comercio está dejando cada vez menos espacio a las producciones de difusión cultural o educativas. Entre los desafíos de los 90, los latinoamericanos debemos afrontar la búsqueda de espacios en las grandes cadenas de la TV o fuera de ellas, para poder seguir desarrollando nuestros programas educativos.

Estudios previos sobre la factibilidad de las propuestas; planeación educativa, tecnológica y económica, así como evaluación permanente, siguen siendo requisitos indispensables para que, a través de un trabajo profesional, se asegure la continuidad y el fortalecimiento de los programas de teleducación en la región.

No importa cuáles sean los caminos que recorramos ahora para mejorar, modificar o replantar la educación vía satélite; los desafíos de los 90 son múltiples, pero están ligados a una sola premisa básica: preservar la identidad cultural latinoamericana.

Delia CROVI DRUETTA
*Docente e Investigadora de la Facultad de
Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México*

BIBLIOGRAFÍA

- ¹ MORIN, Edgar: "El desarrollo de la crisis del desarrollo", en Attali et al., *El mito del desarrollo*, Ed. Kairós, Barcelona, España, 1979.
- ² Citado por Héctor Schmucler en "25 Años de Satélites Artificiales", *Rev. Comunicación y Cultura*, n.º 9, UAM-X, México, 1983.
- ³ Para más información sobre el proyecto SERLA, ver "Diseño y metodología del estudio de viabilidad de un Sistema Regional de Teleducación para los países de América del Sur", *Rev. Comunicación y Cultura*, n.º 3, Buenos Aires, Argentina, 1973.
- ⁴ Para ampliar información sobre proyectos de educación vía satélite, ver Delia Covi Druetta "Educación vía satélite o Aquiles y la tortuga", tesis de Maestría en Ciencias de la Comunicación, FCPyS, UNAM, México, 1991.
- ⁵ "Programa Iberoamericano Comunicación para la Cooperación", Presentación general, documento editado por Hispasat, Ministerio de Educación y Ciencia de España y Fundación para el Quinto Centenario, Madrid, junio de 1991.